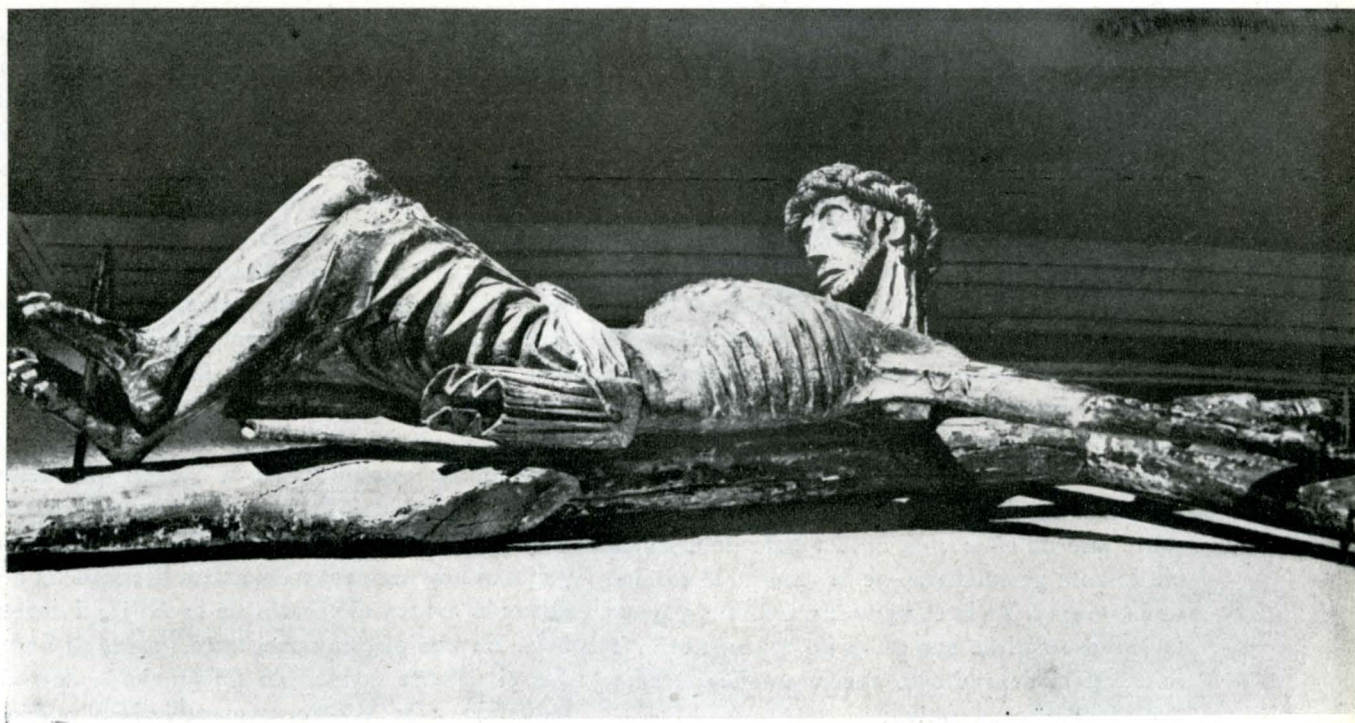




"Cristo yacente". Capilla de San Juan, en Perpiñán.

El arte religioso y el diablo

Cortesía de la revista "Hechos y Dichos".

Juan Plazaola S. J.

Ha pasado la Navidad.

Durante varias semanas hemos visto nuestros comercios de arte religioso repletos de ángeles, de pastores y de reyes magos, y hemos presenciado en los bazares el continuo vaivén de las mamás, solícitas de traer a sus hogares el calor de Belén. Figurillas de esqueleto de alambre y cuerpo de barro fueron pasando de la atmósfera fría y aséptica de las vitrinas al musgo caliente y húmedo de nuestros nacimientos.

Parecerá una paradoja, pero yo me he visto obligado en tales días a entrar en esos establecimientos no para buscar un Niño Dios, sino un Cristo Crucificado. Lo que he visto y observado a lo largo de mis infructuosas pesquisas ha provocado en mí amargas reflexiones. Contemplaba por un lado aquellas figurillas de barro destinadas a crear en los niños la *ilusión* de una visita al portalillo de Belén, miraba luego aquellas otras imágenes destinadas a presidir sobre un retablo la celebración del Santo Sacrificio o a crear en una capilla monástica la atmósfera apropiada para la contemplación, y entre unas y otras no se descubría diferencia alguna ni en la técnica ni en el espíritu. El mismo afán comer-

Una imagen de Jesús Obreiro totalmente inadmisible.



cial ha dirigido la fabricación de ese zagal de pieza blanca y calzón verde que la de ese Cristo polícromo que coronará un día el retablo de un convento. Y a mi mente acudían entonces aquellas palabras de Claudel: "Para ganar los corazones hay que seducir la sensibilidad... Hay que poner en los brazos de los niños *santas muñecas*." Sí; muñecas y no otra cosa parecen la mayoría de esas imágenes de la Virgen, de Santa Teresita, del Niño Jesús o de San Antonio, que invaden los escaparates de "arte religioso" de nuestras capitales.

He entrado en una de esas tiendas y he pedido que me muestren crucifijos. Los modelos abundan. El dependiente me llama la atención sobre uno de ellos y en un arrebato de elocuencia intenta persuadirme de la admirable calidad de la imagen. Yo la examino un instante, y pronto la hago retirar con un gesto reprobatorio. Y mientras el dependiente vuelve a colgar la imagen, quedo yo pensativo:

"Esta imagen es hermana gemela de centenares o millares de imágenes nacidas de un solo molde. Ese molde está en un taller. Ese taller lo dirige un fabricante. Ese fabricante es un hombre como yo, un hombre de este siglo, un hombre con la misma visión del mundo y de la vida que yo, con la misma fe (creo yo), con la misma religión, con idénticos o parecidos sentimientos religiosos. Y, sin embargo, nada hay en esta imagen que revele la sinceridad de un hombre que ha sentido el drama del Calvario. Las formas que aquí veo no han sido dictadas por una necesidad interior, por el imperativo de un alma

que se ha estremecido ante los sufrimientos de Cristo. Nada hay aquí de expresivo, de íntimo, de personal. El artesano no ha hecho sino copiar un mal modelo, un antiguo modelo comercial también, estereotipado y transmitido de generación en generación, de taller a taller, por la única y suprema razón de que ese modelo "gusta", de que ese tipo de imagen es el que mejor se vende, el que con menos trabajo rinde más. Esta y no otra ha sido la meditación "especulativa" que ha precedido a la fabricación de esa imagen *religiosa*.

Absorto en mis reflexiones me pierdo en una montaña de estatuillas de la Virgen que dejan el alma oprimida. Ya hace más de medio siglo Huysmans veía en esas imágenes de María que pueblan hoy nuestros escaparates la revancha del demonio contra el triunfo de la Mujer Inmaculada. En una página de su libro *Foules de Lourdes* el célebre convertido imaginaba a Satanás hablando a la Virgen, reconociéndose vencido por Ella, pero anunciándole que él se vengaría apoderándose del arte religioso:

"Yo te sigo la pista, dice el diablo a la Virgen; y dondequiera que Tú te detengas, allí me instalaré yo también... Y el arte, que es la única cosa limpia sobre la tierra después de la santidad, no solamente Tú no lo tendrás, sino que yo me arreglaré para que seas insultada sin descanso con la blasfemia continua de la fealdad."

El lenguaje del famoso escritor naturalista es duro, pero tiene un sentido claro y actual. El apuntaba a un mal que ya entonces tenía evidentes manifestaciones, pero que hoy es alar-

Dos ejemplos de lamentables imágenes religiosas.





A la izquierda, cabeza de Cristo, de Botticelli. A la derecha, una representación actual del Sagrado Corazón de Jesús.

mante, sobre todo en España, por diversas causas, entre las que cuentan la tolerancia de algunos eclesiásticos, la ñoñez de muchos fieles y el afán de lucro de muchísimos comerciantes.

Muchos años más tarde, recordando la triste profecía de Huysmans, otro famoso artista, pintor religioso, decía en una conferencia:

“¡Ojalá que los piadosos donantes que regalan a sus parroquias un Sagrado Corazón o un San Antonio de Padua sepan escogerlos de manera que el diablo no tenga parte alguna en su generosidad!”

Pero dejemos a un lado al diablo, no porque haya que negar su intervención en asuntos de arte religioso, sino porque no es fácil precisar y hacer comprender a otros esa diabólica influencia. En toda controversia apasionada entre católicos, cada uno coloca a Satanás en el bando contrario; y yo estoy seguro de que muchos comerciantes que hacen su negocio con esta imagería de mal gusto, aceptarían sin reparos las palabras, antes citadas, de Huysmans, pero dándoles el sentido que a ellos les conviene, atribuyendo a influencia diabólica obras de arte actual, personal y sincero, con la misma ligereza con que muchos de ellos han atribuido ya a manejos del comunismo y de la masonería las tentativas de ciertos artistas renovadores, dotados de estupenda capacidad y recta intención.

La verdad será siempre ésta: que el diablo

procura influir en todos los partidos y enzianarlo todo; y que no consigue mayor victoria cuando se expone al culto público un esperpento de arte vanguardista que nos apresuramos a tachar de irreverente, que cuando mantiene en el mercado esas estampas de Rafael y de Dolci o esas estampas de Olot que fomentan un sentimentalismo equivoco y una piedad hueca y sin nervio.

Pero estoy viendo surgir la objeción en el ánimo de algún lector: “El pueblo ha gustado siempre (!) de esas imágenes que ustedes llaman de mal gusto. Es un hecho del que no se puede prescindir. Esas imágenes han alimentado, desde la infancia, la piedad popular; en ellas se inspira la oración de los humildes; hacia ellas se tienden sus manos suplicantes; en ellas se concentran su adoración y su amor. Quitad al pueblo esas imágenes y le veréis lamentarse, escandalizado, de lo que él considera un despojo injusto e impío.”

Esta objeción es seria, y la hemos escuchado frecuentemente de labios de quien tiene motivos para conocer bien las reacciones del pueblo. Y porque la objeción es seria, la respuesta debe ser compleja y matizada.

Actitud equivocada sería la de despreciar, de golpe y sin distinguos, esa piedad popular, nutrida por toda esa quincallería devota. Un alma humilde puede alcanzar una auténtica devoción

sin esos medios de evidente valor objetivo, como es el arte sacro, que parecen casi necesarios a almas de cultura más refinada. Si la "viejecilla pobre, idiota y simple" a la que apostrofaba el sencillo fray Gil no necesitaba para amar a Dios la ciencia de fray Buenaventura, tampoco la criada que venera en su buhardilla su Virgencita de yeso pintado necesita acudir a obras de un arte original y expresivo para elevar una oración pura y ardiente a la Reina del cielo. Esa devoción merece respeto, y es necesario tener en cuenta la sencillez de esa alma que sabe llegar al fin con medios tan pobres.

Pero error no menos evidente sería deducir de ahí que en este asunto no hay sino adoptar una política de *statu quo* y creer que nada se debe cambiar.

La primera regla que hay que tener en cuenta y que ante todo se impone es la del respeto a Dios y a las personas sagradas cuyas imágenes veneramos. No basta decir que el pueblo ora sin dificultad ante una de esas imágenes de pésimo gusto, para que nos crucemos de brazos y pensemos que todo va bien. A Dios debe ofrecerle la Humanidad un holocausto perfecto; ante todo, la santidad, que es la belleza sobrenatural creada por Dios en el alma del hombre; y luego, el arte, que es la belleza creada por el hombre para Dios. Los hombres debemos esforzarnos para que todo cuanto diga relación con el culto divino, con la piedad, con la devoción, sea artísticamente bello.

Esa primera norma (reverencia debida a las personas y misterios sagrados) no puede ser incompatible con lo que exige el bien espiritual del pueblo fiel. Es verdad que hay aquí un paso del orden objetivo (reverencia a las cosas santas, necesidad de una piedad nutrida por el espíritu de fe y por las virtudes evangélicas) al orden subjetivo (mentalidad y psicología religiosa actual de este grupo determinado de fieles) que requiere particular tacto y prudencia. Pero ese paso hay que darlo. Al pueblo se puede y debe educar. Despacio, es verdad, pero incansable e inexorablemente.

El pueblo no es esa ingobernable masa de ca-
zuros que algunos imaginan. El pueblo no entiende sino a través de los sentidos y de la imaginación; pero, educándole, sabe contentarse con un mínimo de alicientes sensibles para subir a las realidades más altas. El pueblo no acierta a interpretar simbolismos rebuscados y complicadas alegorías; pero percibe fácilmente simbolismos naturales y espontáneos, como el del agua, el fuego, el aceite, que Cristo utilizó para la ins-

titución de sus Sacramentos. El pueblo ama lo abigarrado, lo estrepitoso, lo turbulento; pero, abrevado en las fuentes dogmáticas de la Liturgia, llega a gustar la simplificación escénica de una ceremonia, la estilización del canto gregoriano, la severidad decorativa de una arquitectura. El pueblo tiende a la inercia, al mínimo esfuerzo, y se hace fácilmente esclavo de la costumbre y de la tradición; pero, dirigido por hábiles pedagogos, sabe cambiar de postura y desarraigar una costumbre con otra contraria.

Por otra parte, esa inercia natural es achaque de todos los mortales, y uno de los obstáculos más fuertes que ofrece la sociedad al ímpetu renovador de los santos y de los artistas. En eso no hay diferencia entre el vulgo y los selectos. Nuestra psicología se halla profundamente sometida al mecanismo de la asociación de imágenes y de sentimientos. ¿Por qué siento devoción y recogimiento de espíritu al entrar en una capilla de ventanas ojivales? Porque fué en una iglesia gótica donde hice mi Primera Comunión, donde asistí a misa hasta los quince años, y donde me casé. Exactamente por la misma razón por la que el niño alemán de hoy, que sólo ha frecuentado las iglesias de la posguerra, halla una atmósfera más respirable en una capilla diseñada por Rudolf Schwartz o Dominikus Böhm que en una vieja iglesia de Juan de Colonia. Nada hay que no pueda hacerse "natural" al hombre; nada hay que no pueda dejar de serlo. Y tan equivocado es creer en un conjunto de formas artísticas "religiosas de por sí", como hablar de estilos de belleza "eterna".

No hay arte "eterno" que valga. El arte ha de variar necesariamente, si ha de ser lo que debe ser: expresión del hombre. En el terreno religioso y sagrado, siendo el Cristianismo inagotable en sus riquezas e innumerable en sus aspectos, el cristiano de cada época trasladará al arte aquellas facetas que a él más le entusiasman, aquellos valores que más desea él incorporar a su vida. Hoy por hoy—en 1958—el artista cristiano muestra marcada tendencia a la sinceridad y a la sencillez, a la esencialidad y a la abstracción, al rigor y a lo trágico.

"Pero el pueblo español se resiste", argüirá algún lector. El pueblo se resiste por la razón arriba indicada, de su tendencia natural a aferrarse a la costumbre. Si siempre ha orado ante un mismo tipo de imágenes, estandarizadas y cursis, se le hará difícil, al principio, habituarse a otro tipo de imágenes, expresivas y nuevas, inconsciente como es de la tiranía que ejerce sobre él la costumbre. Pero al poco tiempo aca-

ha por comprender. Mientras no se le eduque, irá a comprar su Virgencita del Carmen, este-reotipada en formas reconocibles a sus ojos sencillos; pero, al menos, tendrá la inocencia de pedir, no una imagen *artística*, sino una imagen *bonita*, que *le guste*. El mentiroso es el comerciante que ha expuesto toda esa quincalla en su escaparate bajo un gran letrero que dice: *Arte Religioso*: palabras que incluyen, por lo menos, mentira y media; porque de *arte* allí no hay nada, y de *religioso*, sólo el tema representado en dichas imágenes; el *espíritu* religioso suele estar totalmente ausente de esa muñequería de mal gusto.

La Iglesia, así como ha prevenido contra las aberraciones de un arte excesivamente personal, se ha pronunciado en diferentes ocasiones contra ese mal llamado "arte religioso" que los alemanes llaman "kitsch", los franceses "art saint-sulpicien", y los españoles podríamos llamar "arte de Olot"; pero claro, en este apasionante debate del arte religioso, cada uno anota solamente los tantos marcados en el campo contrario.

He recorrido tiendas de objetos religiosos en dos grandes ciudades españolas. La experiencia

ha sido abrumadora. Hoy, derrotado y sin ánimo, he hecho la última visita. Al entrar siento que me ahogo en medio de una montaña de santos que me miran con ojos de cristal negro. Pido catálogos: "Olot..., Olot..., Olot..." El dependiente se extraña del poco tiempo que me ha bastado para persuadirme de que nada de aquello "me conviene". Es verdad; todo aquello me ha parecido sumamente "inconveniente": estatuillas almibaradas representando a la Madre de Dios, caritas afeminadas criminalmente atribuidas al taumaturgo de Padua, imágenes de mantequilla y merengue para honrar a aquella santaza de Lisieux... Mis ojos tropiezan de pronto con un Niño Jesús, rosado, regordete, totalmente desnudo, con esta aterradora leyenda: "Para vestir." A los labios me vienen las palabras del diablo de Huysmans: "Yo lograré que os insulten impunemente con la blasfemia continua de la fealdad." Pero me contengo y no digo nada. Quizá me he sonreído amargamente, porque la dueña de la tienda (yo creo que para vengarse) en el momento en que salgo a la calle me lanza a la espalda esta traidora puñalada:

"Ya puede usted recorrer toda la ciudad. Esté seguro de que no hallará otra cosa."

"La Visitación". Torres Molina.

